

**OCTAVIO PAZ:
SIGNOS DEL FIN DE LA MODERNIDAD.
SURREALISMO, DROGAS, CRÍTICA, TIEMPO**

Marco Arturo Toscano Medina
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Resumen/Abstract

En este artículo se analizan brevemente algunas ideas de Octavio Paz sobre el fin de la modernidad, desde el punto de vista de un escritor hispanoamericano. El propósito es sólo hacer una descripción de los acontecimientos sociales y culturales que muestran la crisis de la modernidad.

Palabras clave: modernidad, fin de la modernidad, surrealismo, drogas, tiempo lineal, presente.

**Octavio Paz: Signs of the End of Modernity.
Surrealism, Drugs, Critique, Time**

This article presents a brief analysis of some of Octavio Paz' ideas on the end of modernity from the perspective of this Latin American writer. The objective is simple: to provide a description of the social and cultural events that reveal the crisis of modernity.

Keywords: modernity, end of modernity, surrealism, drugs, linear time, the present.

Marco Arturo Toscano Medina

Licenciado en Filosofía por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1987, con la tesis *Ensayo sobre el devenir*. Maestro en Filosofía de la Cultura por la misma universidad, 1996, con la tesis *Una cultura derivada. La filosofía de la cultura de Samuel Ramos*. Profesor e Investigador en la Facultad de Filosofía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo desde 1987. Líneas de investigación: historia de la filosofía, filosofía de la cultura en México, postestructuralismo, la investigación documental en filosofía. Entre sus publicaciones se encuentran: *Una cultura derivada. El filosofar sobre México de Samuel Ramos* (2002) y *La investigación filosófica* (2013).

Fue mérito de los intelectuales, principalmente 'ensayistas', Categoría híbrida entre filosofía, literatura, periodismo, a veces ciencia, Raza bastarda de escritores/escritientes, y a pesar de la parcialidad de su información, La superficialidad de su meditación, su seguridad y arrogancia de intelectual francés, Fue, digo, su mérito el haber salvaguardado una reserva para la comunicación y la Reflexión, un caldo de cultivo para las ideas generales, generosas, genéricas.¹

Paz escribía a principios de los setentas del siglo pasado acerca de “la crisis general de la modernidad”. Los síntomas le parecían visibles e innegables, por ejemplo, el concepto de historia como movimiento lineal y progresivo había dejado de ser consistente tanto teórica como socioculturalmente: hemos cambiado mucho en los últimos doscientos años, no obstante, “no hemos progresado” nada, al menos desde otras perspectivas que no sean las meramente medibles; no hemos alcanzado el futuro prometido por la concepción histórico-temporal de la modernidad, más bien parece que nos encontramos moviéndonos en círculos y no en la línea recta y hacia delante del tiempo que nos habíamos prefigurado durante los últimos dos siglos todos aquellos que hemos vivido bajo el modelo occidental; pero si no estamos progresando para ser mejores entonces la modernidad inicia un proceso tal vez irreversible de pérdida de la fe en sí misma. Más aún, para Paz la realidad paradisiaca que prometía la modernidad lanzada hacia el futuro se ha transformado en un gran temor al porvenir, a lo que verdaderamente nos tiene reservado el futuro:² “En los últimos años ha habido un cambio brusco: los hombres empiezan a ver con terror el porvenir y lo que apenas ayer parecían maravillas del progreso hoy son sus desastres. El futuro ya no es el depositario de la perfección, sino del horror”.³

Los signos “amenazadores” que en nuestros días son una realidad cotidiana a la que nos hemos familiarizado, aparecían a principios del último cuarto del siglo pasado como riesgos potenciales generados en el seno de la modernidad a los que quizá teníamos que resistir y combatir: el agotamiento de recursos naturales, la contaminación, desequilibrios ecológicos, hambrunas, el peligro de la desaparición de la especie humana mediante una guerra nuclear, el consumo masivo de drogas, la lucha desesperada por un mínimo de crecimiento sustentable.

El cambio sobre el cual se sustentó el hombre moderno desde el último cuarto del siglo XX hubiera hecho ruborizarse de vergüenza y coraje a los primeros modernos —con una confianza casi ilimitada en las más altas capacidades creativas del ser humano— ante la modesta pretensión de la vida contemporánea: la mera conservación de lo alcanzado; en efecto, el temor ante los resultados de las transformaciones modernas nos ha llevado a fines del siglo XX, y en los años que corren del siglo XXI, a sólo desear y esperar conservar lo que nos queda. La crítica moderna, que se hacía especialmente del pasado y del presente, se hace ahora del futuro. Por otra parte, la idea del futuro, la dimensión privilegiada por la modernidad, está siendo desplazada por el presente.

A contracorriente de la modernidad triunfante desde el siglo XIX —que se regodeaba en el privilegio exclusivo que tenía Occidente de las más altas expresiones culturales y sociales humanas, que las consideraba de su patrimonio único— el siglo XX fue el escenario de la explosión de nacionalismos y particularismos, de grupos y naciones dentro y fuera de la civilización occidental en busca de una diferencia irreductible y de su reconocimiento, las minorías se expresaron ignorando las pretensiones homogeneizantes de Occidente. Todo lo que había permanecido sofocado por la tradición moderna occidental ha despertado y resiste contra el poderío moderno.⁴

¿Fin de la modernidad? ¿Edad más allá de la modernidad? ¿Postmodernidad? A Paz nunca le terminó de agradar el término “postmodernidad”, le parecía impreciso, equívoco, porque, ¿cómo llamaremos a

la siguiente etapa histórica? Los síntomas de agotamiento y crisis de la modernidad no meramente señalan lo que está más allá de la modernidad sino lo que es distinto a ella, que posee rasgos propios en formación. ¿Crepúsculo de la modernidad o el alba de una edad distinta? ¿Cuánto se prolongará el crepúsculo? ¿Cuándo amanecerá plenamente para la nueva edad? De lo que podemos estar ciertos es de que no estamos en una edad postmoderna:

Aquello que está después de lo moderno no puede ser sino lo ultramoderno: una modernidad todavía más moderna que la de ayer. Los hombres nunca han sabido el nombre del tiempo en que viven... Llamarse postmoderno es una manera más bien ingenua de decir que somos muy modernos... Llamarse postmoderno es seguir siendo prisionero del tiempo sucesivo, lineal y progresivo.⁵

La nueva edad, surgida de la crisis y el fin de la modernidad, tendrá que ser diferente a su predecesora o no será. Tendrá que desarrollarse en el presente y el instante porque el pasado desaparece de nuestra vista y no podemos recuperarlo, el futuro es evanescente e irrealizable como tal, es decir, como la cristalización de un punto final con una trayectoria única y lineal, progresiva y estable. Si la modernidad afirmó siempre una idea única y lineal del tiempo y de la historia, ¿cómo suponer que lo que no es propio a la modernidad tiene una relación secuencialmente posterior a ésta? ¿Cómo comprender la “época postmoderna” como reducida exclusivamente a lo que viene o llega después de la modernidad, si con toda seguridad lo postmoderno también se configura con devenires “premodernos” occidentales y no occidentales?

La edad que sustituya a la modernidad tendrá que hacerse cargo de una tarea que ha dejado pendiente la modernidad en medio de sus crisis de muerte: crear un nuevo pensamiento político y social que realice una reforma profunda de las sociedades que surgieron y crecieron bajo las condiciones modernas. En las crisis y el fin de la modernidad se manifiestan sus contrastes y contradicciones que las primeras ilusiones ocultaban: la desigualdad y la injusticia que generó dentro y fuera de

Occidente, el sinsentido de la abundancia en las naciones más desarrolladas económicamente. La libertad, la igualdad y la fraternidad se desarrollaron sin relación entre sí y, como resultado de ello, sin que pudiesen realizarse en las sociedades modernas más allá del ámbito simbólico e ideológico: si bien se ha tenido una creciente libertad, que incluso ha degenerado en sus prácticas más irresponsables y abusivas, en cambio la igualdad y la fraternidad se han mantenido en un segundo plano, o peor, las sociedades autonombradas como socialistas pretendieron imponer la igualdad y la fraternidad a costa de las libertades. Para Paz, de los tres grandes valores y principios de la vida moderna occidental desde fines del siglo XVIII la fraternidad es la clave a la que habrá que prestar atención en el nuevo pensamiento sociopolítico, si nos hacemos cargo de la desgarradura entre la libertad y la justicia, entre el capitalismo liberal y el socialismo revolucionario, entre el crecimiento *per se* y el crecimiento humano:

La palabra central de la tríada es fraternidad. En ella se enlazan las otras dos. La libertad puede existir sin igualdad y la igualdad sin libertad. La primera, aislada, ahonda las desigualdades y provoca las tiranías; la segunda, oprime a la libertad y termina por aniquilarla. La fraternidad es el nexo que las comunica, la virtud que las humaniza y las armoniza.⁶

Sólo la fraternidad puede fundar la nueva filosofía política. Sólo ella puede resistir los embates del Mercado: su impersonalidad, sus procesos meramente especulativos, su avasallamiento de la creatividad humana, su insolidaridad creciente. La nueva filosofía política tendrá que asumirse como heredera de la doble tradición sociopolítica moderna, la liberal y la socialista, pero tendrá que trascender a ambas para lograr la transformación del Mercado:

Más allá de la suerte que el porvenir reserve a los hombres, algo me parece evidente: la institución del mercado, ahora en su apogeo, está condenada a cambiar. No es eterna... Ignoro si será modificada por la sabiduría de los hombres, sustituida por otra más perfecta, o si será destruida por sus excesos y contradicciones. En este último caso podría arrastrar en su ruina a las instituciones democráticas.⁷

¿Nos encontramos con uno más de los perversos síntomas del fin de la modernidad: la amenaza constante que sufre la vida democrática de individuos, grupos y hasta naciones enteras ante el embate del mercado, ante el sistema financiero y comercial mundial, que impone autoritariamente su propia lógica arrasando cualquier voluntad democrática? ¿No ha sido la democracia uno de los principios fundamentales de la modernidad? ¿No ha sido indispensable para el ejercicio democrático la autonomía y la responsabilidad de individuos, grupos y naciones? ¿Cómo conciliar en el presente el poderío sistémico, pero profundamente irracional por especulativo y unilateral, del mercado mundial con la vida democrática, tan cara a los ojos del hombre occidental moderno? ¿Ha identificado bien Paz el principio ambivalente que ha venido derruyendo a la modernidad: se trata en efecto del espíritu crítico, de la duda racional, que terminan destruyendo todo lo que crean, es decir, a la misma modernidad, o más bien hay que buscar el virus que todo lo infecta y devora en la lógica del mercado, en el capital-dinero, en el que quizá es el verdadero sustituto de todo lo sagrado, mágico, misterioso, divino, otro inefable: la dominación del capital como una especie de fuerza sobrehumana o, como afirma Gilles Deleuze:⁸ como la Axiomática del capital-dinero, que se mantiene como una fuerza soberana por encima de los flujos, cambios y críticas de los seres humanos existentes?

A continuación presentamos algunos signos, no todos, que Paz reconoce en el siglo xx como los signos que anuncian o que evidencian la crisis o el fin de la modernidad, junto con la probable aparición de una nueva edad –tema-problema que dejaremos para un próximo escrito—. Nos apoyamos básicamente en los primeros tomos de las *Obras Completas* del autor mexicano, específicamente los tomos del 1 al 4. No hemos pretendido agotar ya no digamos la mera descripción e interpretación básica que es posible hacer del tema si hubiésemos hecho un recorrido más puntual de cada tomo, sino tampoco hacer tal recorrido en el resto de los 15 tomos de que se componen las *Obras Completas* de Paz, mucho menos detenernos en la contextualización crítica que es posible

hacer de este problema en Paz desde la perspectiva de los principales filósofos llamados o autonómados “postmodernos” para establecer las coincidencias y discrepancias entre el autor de *El laberinto de la soledad* y quienes durante y después de éste pensaron la sociedad y cultura contemporáneas.

Nuestro propósito ha sido mucho más modesto, aunque básico: introducirnos y hacer la presentación general de uno de los problemas más importantes e interesantes de la filosofía de la cultura contemporánea desde la perspectiva no de un filósofo profesional o académico sino de Paz, como son las crisis recurrentes de la modernidad y quizá hasta de su fin, hasta ver en el horizonte de los devenires que sobrevuelan la vida contemporánea una posibilidad de ser sociocultural nueva, desconocida, des-moderna, como diría Roger Bartra.⁹ Paz no fue, ni pretendió ser, un especialista, académicamente hablando, que tuviese la pretensión de tratar y discutir con sus pares cada uno de los temas y problemas que en este escrito nos ocupa; de tal forma, su lectura llega a sacar de quicio a quienes erróneamente pretenden encontrar en Paz lo que éste nunca buscó ofrecer en sus ensayos llenos de ideas generales, inspiradoras, lúcidas, pero a las cuales, evidentemente, les falta ese plus que los autores de la academia, que han hecho de la academia una burbuja impermeabilizada, tanto anhelan: las múltiples referencias bibliográficas que avalen por su peso cuantitativo cada idea particular surgida de una voluntad de especialista. Ni filósofo, ni antropólogo, ni historiador, ni sociólogo. Sí un profundo lector y pensador que sobrevuela cada disciplina, que se mueve entre sus fronteras lanzando aquí y allá ideas-imágenes que no pertenecen a ninguna disciplina especializada en particular, pero que si se les lee y atiende como merecen pueden llegar a ser muy fructíferas aun para intereses disciplinarios especializados.

A reserva de dedicar algún escrito para comentar interpretativa y críticamente las posibles relaciones entre las ideas de Paz y los filósofos postmodernos, resulta inevitable preguntarnos sobre el sentido de trabajar el problema que nos ocupa mediante el poeta-ensayista mexicano.

¿Qué importancia o qué valor tienen las ideas de Paz sobre el fin de la modernidad y la aparición en el horizonte desde mediados del siglo pasado de una nueva época histórica?

Primero, en nuestro contexto cultural general estamos habituados casi exclusivamente a los planteamientos modernos y posmodernos que se han generado en Europa y EUA. Segundo, los planteamientos europeos y norteamericanos sobre dichos acontecimientos históricos se han evidenciado como unilaterales, como concepciones que las más de las veces no han sido capaces (quizá porque no les ha interesado hacerlo) justificar desde dónde hablan o llevan a cabo sus planteamientos; de una manera explícita o implícita dejan fuera, porque las ignoran o las desconocen, otras perspectivas que no sean las occidentales, en nuestro caso las provenientes del ámbito iberoamericano. Tercero, es necesario, y hasta urgente, que desde nuestra condición iberoamericana y mexicana desarrollemos y afirmemos nuestra propia perspectiva de lo moderno y, sobre todo, de lo llamado posmoderno; es imprescindible que asumamos que no existe una perspectiva absoluta, universal a priori, a la cual tenemos que adaptarnos como a una verdad ya hecha, como si se tratase de una más de las políticas socioculturales que aparecen de algún organismo mundial, que todos los llamados países emergentes tienen que cumplir so pena de verse fuera de un “desarrollo sustentable”. Cuarto, el concepto de lo postmoderno: desde una perspectiva filosófica, es de gran importancia su análisis, interpretación y crítica iberoamericana debido a que gran parte de nuestra vida social y cultural durante los dos últimos siglos se ha visto enfrascada en una compleja aventura “modernizadora”; pero, por otra parte, cuando todavía no hemos alcanzado la meta de dicha aventura, las sociedades occidentales más avanzadas muestran signos inequívocos de estar ya en un punto o en una línea más allá de lo meramente moderno; ¿qué nos queda por hacer? ¿Aventurarnos ahora en el camino de la posmodernidad tal como la describen y viven tales países, sin ser todavía plenamente modernos socialmente? ¿Qué oportunidad para sociedades como las hispanoamericanas supone la crisis, el fin, el

agotamiento, de la modernidad? ¿Cuál es, finalmente, la perspectiva de un poeta-intelectual-escriptor como Paz sobre lo que ya se evidencia desde hace décadas en el horizonte de la historia de las sociedades occidentales, pero también desde la peculiaridad de las sociedades iberoamericanas?

1. El surrealismo

En el texto de 1954 titulado “Estrella de tres puntas: el surrealismo” Paz presenta una de sus posiciones que serán recurrentes a través de los siguientes 44 años de trabajo intelectual. Más que meramente anunciar, como muchos otros autores europeos y de otras partes, la presunta existencia de una época histórica diferente, el autor mexicano asume primero un diagnóstico crítico sobre la civilización moderna desde uno de los acontecimientos artísticos y culturales de mayor influencia durante el siglo pasado en Occidente y que al propio autor mexicano influyó en su actividad creativa y crítica: el surrealismo:

Día a día se hace más patente que la casa construida por la civilización occidental se nos ha vuelto prisión, laberinto sangriento, matadero colectivo. No es extraño, por tanto, que pongamos en entredicho a la realidad y que busquemos una salida. El surrealismo no pretende otra cosa: es un poner entredicho a lo... considerado inmutable por nuestra sociedad, tanto como una desesperada tentativa por encontrar la vía de salida. No... en busca de la salvación, sino de la verdadera vida. Al mundo de “robots”... opone los fantasmas del deseo.¹⁰

Puede parecer extraño el juicio que hace Paz a la civilización occidental moderna, sobre todo si se advierte que, como muchos de sus críticos buscaron afanosamente señalar, nunca dejó de reconocer el valor transformador de los valores sociopolíticos modernos —la crítica, la democracia, la libertad—, sin embargo, es indudable que, por una parte, fue tanta su animadversión a la ideología de los Estados autodenominados comunistas en el hemisferio occidental, que dio la impresión de que no tenía nada que criticar a las sociedades surgidas de la modernidad liberal, del capitalismo

industrial y postindustrial; pero, por otra parte, es innegable que la crítica de Paz al capitalismo occidental no se dirigió especialmente al ámbito político o económico expresamente, sin dejar de hacerlo, más bien se centró en las bases mismas de la modernidad, es decir, en el ámbito en donde se expresan claramente los excesos, abusos, extravíos, cuando no el tácito fracaso de la modernidad: la vida sociocultural; una vida convertida en prisión, laberinto sangriento, matadero colectivo.

“Prisión, laberinto sangriento, matadero colectivo”. Con toda seguridad Paz llegó a matizar estos calificativos escritos a sus tempranos 40 años. Lo que sin lugar a dudas permaneció con el paso de los años fueron sus fundamentales reservas ante la realidad, ante la casa construida durante la época moderna. Los elementos que sirvieron para la construcción de la realidad moderna —la crítica, la ciencia, la tecnología, el capital, la producción, la democracia, la razón, el estado de vigilia de la conciencia, la eficiencia, el crecimiento, la economía— se convirtieron con el transcurrir de las décadas en fines en sí mismos y no en medios para la igualdad, la justicia, la libertad, la educación. Los elementos de la modernidad nos liberaron de la prisión medieval, pero ellos mismos se transformaron en instrumentos de sujeción, control, destrucción. La vida moderna, como todo sistema sociocultural, se desarrolló sobre la exclusión de todos aquellos elementos que formaron parte de la pre-modernidad —la magia o en general el pensamiento mágico, lo sagrado, el misterio, la metafísica, la fe, el lenguaje libre, el deseo—. ¿Será que la crisis de la modernidad es la reaparición de estos y otros muchos elementos?

Desde otra perspectiva, la crítica de Paz a la vida moderna se hace patente en su denuncia del extravío sufrido por ésta respecto de sus primeras reivindicaciones y proyectos. La libertad, la tolerancia, la igualdad, la fraternidad, la felicidad, la justicia, la razón crítica y autocrítica no se ejercieron ni se convirtieron en derechos que había que poner en práctica ante la propia vida moderna, ante sus condiciones básicas y sus desarrollos particulares; en efecto, como ha sucedido en muchos otros acontecimientos que supusieron una transformación de las condiciones

históricas, los mismos medios que sirvieron para su surgimiento fueron cooptados para no ejercerse autocríticamente: ¿cómo criticar a la razón desde la razón misma? ¿Cómo hacer la crítica de la crítica misma? ¿Cómo realizar la crítica o autocrítica de la libertad o de sus abusos?

Es en este contexto que hay que ver las ideas sobre el surrealismo. En efecto, éste no puede sino verse como uno de los acontecimientos estéticos y socioculturales que se mueven en un espacio-tiempo diferente al de la modernidad, en una realidad aparte de la prisión moderna, que no “anuncia” nada sino que en sí mismo sobrevuela la modernidad, irreducible a sus sujeciones; sobrevuelo que trae de nuevo a la vida humana lo que la modernidad excluyó y negó:

Seguir ese llamado es partir a la reconquista de los poderes infantiles... y se llaman imaginación y deseo. El hombre es un ser que imagina y su razón misma no es sino una de las formas de ese continuo imaginar... imaginar es ir más allá de sí mismo, proyectarse... trascenderse... el hombre es el ser capaz de transformar el universo entero en imagen de su deseo.¹¹

¿Imaginar y desear más allá de los límites que puede determinarles la razón moderna, acaso no es de “sentido común”, el sentido básico de la razón que todos supuestamente compartimos, que no podemos ni tenemos ni debemos imaginar ni desear nada más allá de ciertos límites? ¿Qué es o qué fue el surrealismo –como acontecimiento cultural y como condición humana intemporal– sino el sobrevuelo sobre esta razón limitadora, sobrevuelo que es más “racional”, es decir, más “real”, que lo racional y lo real delimitados?

Sin lugar a dudas estamos, en el caso de la imaginación y el deseo, de su “retorno”, con los signos de su reafirmación histórico y sociocultural, ante la presencia de acontecimientos propios a la conformación de una nueva época; son como fuerzas que se intensifican entre la crisis de un momento histórico y la figura de algo nuevo gestándose. Ciertamente, la imaginación y el deseo no son fuerzas ausentes en la modernidad, estuvieron presentes en su aparición y desarrollo, pero como siempre

pasa en la existencia humana, las manifestaciones modernas de la imaginación y el deseo se estratificaron, se coagularon, atrayendo sobre sí todo el movimiento del crecimiento cultural; la imaginación y el deseo empezaron a girar sobre lo mismo, negando lo diferente, excluyendo nuevas posibilidades, negándose la posibilidad de realizarse ellas mismas en sus más altas posibilidades. Estas fuerzas nunca pueden permanecer sujetas y prisioneras indefinidamente; la vida humana no deja de buscar las promesas no cumplidas de otra vida, más allá de la que se da en los sistemas económico y geopolítico. Ni siquiera el surrealismo es propio y exclusivo de la modernidad durante el siglo XX, como de hecho tampoco el romanticismo puede considerarse, como actitud espiritual, una expresión exclusiva de la modernidad de los siglos XVIII y XIX: “El surrealismo es una actitud del espíritu humano. Acaso la más antigua y constante, la más polémica y secreta”.¹²

La libertad, el amor y la poesía constituyen para Paz los elementos propios del surrealismo. Amor por la otra vida, por otra manera de ser y de vivir, amor que lleva a una actitud de negación de la civilización moderna racionalista y cristiana; amor revolucionario que desea transformar la realidad dominante; libertad para conectarse con lo diferente, que asume lo poético como la condición de su amor transformador: operación mágica que subvierte el mundo moderno de objetos, de utilidades, de una realidad carente de valor y reducida a mera categoría de precio monetario; la naturaleza, la mujer, todo se convierte en un mero instrumento de la gran máquina de la civilización occidental moderna funcionando en su propia vaciedad, autorrepitiéndose, buscando seducir a quienes todavía pueden creer en sus promesas. A todo esto se opone el surrealismo, ante todo esto se coloca dinámicamente en el margen, resistiéndole, sobrevolándolo:

El surrealismo se rehúsa a ver el mundo como un conjunto de cosas buenas y malas... de ahí su anticristianismo... se niega a ver la realidad como un conglomerado de cosas útiles... de ahí su anticapitalismo... tampoco considera el mundo a la manera del hombre de ciencia puro... como un objeto o grupo de objetos desnudos de todo valor, desprendidos del espectador.¹³

El surrealismo pretende realizar un sistemático y generalizado desplazamiento de los componentes de la realidad “que una civilización vacilante nos ha impuesto como la sola y única verdadera”.¹⁴ Desnuda la realidad imperante, le quita las máscaras que ocultan su verdad y nuestra verdad: todo está vivo, todo nos habla, todo emite signos; la realidad deja de ser una máquina abstracta y cuantificable, para transformarse o recobrar su auténtica condición: vida concreta y cualitativa. Un doble proceso se realiza con el acontecimiento surrealista: por una parte, el objeto cobra una condición subjetiva, viva, dinámica, interactuante; por otra parte, el sujeto se disgrega: el yo moderno se disuelve, pierde sus potencias asignadas: sujeto de poder, sujeto de conocimiento, sujeto de la historia;¹⁵ Descartes queda derrotado ante el triunfo del objeto frente al sujeto; el “yo pienso” se transforma en un “se piensa”; nos quedamos sin los resguardos que nos protegían de las fuerzas exteriores, que no era otra cosa o no cumplía otra función el yo moderno en su voluntad de control, manipulación sobre el objeto; su crisis nos lo revela como lo que siempre fue, a pesar de la máscara moderna que oculta y nos oculta lo que somos.

De tal forma, el surrealismo es el acontecimiento artístico y socio-cultural, histórico y ético-moral, que se mantiene en los márgenes de la modernidad, a la vez que en el corazón de su esencial posibilidad, subvirtiéndola, desencantándola y re-encantando al mundo. Lo pre-subjetivo, lo pre-individual surrealista, toman el papel de puente entre lo subjetivo y lo objetivo intentando resolver la oposición entre el yo y el mundo. El surrealismo no pretende meramente crear un nuevo arte, una nueva estética, su ambición es mucho mayor: crear un hombre nuevo, liberar al espíritu humano.

Con todo, los poderes modernos en la primera mitad del siglo pasado continuaron con su ejercicio todavía plenamente, como de hecho continuaron haciendo durante la segunda mitad del siglo XX, aunque sea sólo de manera inercial, como un fantasma que se niega a abandonar el mundo que dominó y el cuerpo que habitó; el surrealismo fue impotente para siquiera ser protagonista en el escenario social, más allá de

los espacios o los compartimentos artísticos y culturales que se le pre- asignaron o que fue capaz de conquistar para sí: la pintura, el cine, la literatura; como cualquier otro acontecimiento que pretendió enfrentar a la realidad moderna, su destino fue quedar meramente registrado en la historia del arte y la cultura, con sus fechas de nacimiento, apogeo y caída, bien establecidas, que quedan igualmente registradas en la memoria colectiva del hombre culto; cierto, el surrealismo ha contribuido, como contribuyó en su momento el romanticismo, a formar la sensibilidad del siglo pasado, aunque no haya realizado su mayor ambición: transformar la vida social: ir más allá de la realidad del mundo moderno: “Se ha estrellado contra un muro. Colocar a la poesía en el centro de la sociedad... exige también una liberación total de la misma sociedad. Sólo en una sociedad libre la poesía será un bien común, una creación colectiva y una participación universal”.¹⁶ Paz pareciera confundir en el caso del surrealismo los acontecimientos socioculturales que desde hace más de dos siglos no han dejado de aparecer en el seno de la sociedad y de la cultura modernas para resistir a ellas, para oponérselas, para ir más allá de la vida moderna, con los acontecimientos que ya no se reducen a resistir, oponerse o criticar, sino que simplemente están más allá de ésta. Sin embargo, hay que ver al surrealismo desde una perspectiva más amplia que la del acontecimiento fechado histórica y culturalmente que se agotó; en gran medida la cultura de los últimos 50 años es ya una cultura surrealista que desborda los límites bien determinados y fijos que se le asignan a la cultura moderna, aunque ciertamente sin alcanzar todavía para constituir una sociedad poética, con múltiples procesos poéticos.

Para Paz, el fracaso social del surrealismo acompaña a otro fracaso más importante en el intento de resistir a la modernidad: el fracaso de la revolución; este fracaso no significa que el mundo moderno se mantenga sano y en la plenitud de sus energías, que su proyecto siga en un proceso incuestionado de realización y cumplimiento; podemos estar ciertos de que el mundo moderno ya no está solo, ya no sigue incuestionado, ya no

manifiesta su antiguo poderío sobre las posibilidades excluidas, negadas, caricaturizadas: “el surrealismo... seguirá siendo una invitación y un signo: una invitación a la aventura interior, al redescubrimiento de nosotros mismos; y un signo de inteligencia, el mismo que a través de los siglos nos hacen los grandes mitos y los grandes poetas”.¹⁷ El acontecimiento surrealista no desaparecerá; no dejará de seducir y asustar al mundo moderno; no dejará de vivir, de sobrevivir, de sobrevolar, en el margen, al margen, “será lo otra voz”.¹⁸ Otra voz, otra realidad, otra vida.

2. Las drogas

¿Qué significa el creciente y generalizado consumo de drogas desde el siglo XX? ¿Qué sentido ha tenido el consumo de una vasta variedad de drogas desde los albores de la vida humana? ¿Qué significado tiene la presencia social y cultural de las drogas frente a la modernidad y su permanente crisis? Para Paz, la droga despierta y afirma la correspondencia, la analogía, las relaciones de semejanza universales; convierte al universo, como la unidad-complejo de sujeto y objeto, en una totalidad poética plural y siempre diversificada compuesta de ritmos y rimas. La droga trastorna la cotidianidad y nos fuerza a contemplar nuestra interioridad, sus mundos y fantasmas. Las drogas y su consumo, sostiene Paz siguiendo a Baudelaire, manifiesta el amor del ser humano por el infinito y su anhelo de integrarse a una vida universal.

El hombre moderno —práctico, productivo, emprendedor, empresario, trabajador, racional— recela de la droga y su consumo; no sólo lo hace por razones económicas y productivas, también lo hace por razones epistemológicas y gnoseológicas —el yo filosófico y científico ha construido paso a paso su mundo y a sí mismo de manera racional, en estado de vigilia y autocontrol; siguiendo un rígido método de conocimiento y de verificación del mismo—, por razones sociales y políticas —la vida social y política moderna requiere de orden, de una organización formal y fun-

cional que el consumo de drogas amenaza con detener y subvertir—: “A los hombres prácticos les parece nociva y antisocial: el uso de las drogas desvía al hombre de sus actividades productivas, relaja su voluntad y los transforma en un parásito”.¹⁹

Adicionalmente a la problemática social, política, jurídica, penal, delincuencial, de la droga, también hay que ver en el contexto de los estudios bioquímicos de la biología en general y de las neurociencias en particular para comprender el sentido inmemorial del consumo de drogas por los seres humanos de todas las culturas. En efecto, el tráfico y consumo de drogas, de un creciente espectro de sustancias “naturales” y las producidas en los laboratorios con reconocimiento académico y los laboratorios pertenecientes a los narcotraficantes, durante los últimos 30 años nos han hecho dirigir nuestra atención crítica exclusivamente al ámbito policiaco y militar, criminal y de inseguridad social que acompaña al consumo de drogas, olvidándonos de la centenaria, por no decir milenaria presencia de las sustancias que alteran la conciencia individual y sociocultural de los seres humanos. La modernidad es probablemente el periodo histórico que sólo se ha ocupado de tales sustancias para criminalizarlas, penalizarlas y combatirlas —jurídica, religiosa, social, moral, médicamente.

Las drogas perdieron durante la modernidad el status singular que las culturas tradicionales de todo el mundo les otorgaron en sus prácticas míticas, mágicas, medicinales, iniciáticas; en efecto, la reducción moderna de la droga a fines de entretenimiento, socialización, adicción fisiológica y psicológica —que es la forma en que la vida moderna ha podido arreglárselas con lo que no comprende o que teme o que simplemente presiente que va contra sí misma—, le ha arrebatado el significado profundo que llegaron a tener durante cientos o miles de años en la historia de la vida humana: un sentido sagrado, no condicionado, del mundo y de los seres humanos. El consumo de drogas estuvo presente en el origen y desarrollo de las prácticas mágicas, místicas, míticas, religiosas; pero también en los acontecimientos decisivos de la vida humana

individual y social; estuvo y ha estado en los acontecimientos bélicos, eróticos, estéticos, filosóficos; en las festividades, en las ceremonias y en los cultos públicos, lo mismo para combatir emociones y situaciones estresantes que para superar el cansancio y la falta de necesaria alimentación; en resumen, el consumo de todo tipo de drogas ha recorrido junto con los seres humanos la historia de éstos para ayudarlos en su existencia ordinaria y no ordinaria.

La modernidad lo desencanta todo, quizá a excepción del capital: la espiritualidad, lo artístico, lo religioso; las sustancias psicodélicas no han corrido una mejor suerte. El consumo de drogas representa para el hombre moderno lo pagano, lo no cristiano, lo irracional, lo antisocial, lo no-moderno, lo que no respeta las leyes de nuestro mundo, lo improductivo, lo criminal, lo inmoral. Ahora bien, ¿las drogas en sí mismas conducen inexorablemente a la violencia individual y social; son causas del crimen y la delincuencia necesariamente? ¿No será acaso que la realidad moderna sujeta a las drogas a sus propias condiciones que en ella se realizan de manera regular y cotidiana: delincuencia, corrupción, inseguridad, violencia, destrucción, deshumanización? ¿Acaso con la desacralización que impone la modernidad no reduce todo a formas vacías que adquieren las relaciones que la propia modernidad privilegia?

El consumo de drogas constituye otro acontecimiento que pone en jaque a la modernidad de la posguerra dominada por los Estados Unidos:

la afición a las drogas no es sino uno de los resultados de los cambios que ha experimentado la sociedad industrial desde la segunda guerra... los muchachos no creen en *the american way of life* porque ingieren drogas —las ingieren porque han dejado de creer en sus ideas, y, a tientas, buscan otras...— el uso generalizado de drogas es otro anuncio más de un cambio en la sensibilidad contemporánea. Este cambio será tal vez más profundo que las transformaciones materiales y las luchas ideológicas de la primera mitad del siglo.²⁰

En el escrito que Paz publica en 1965, “El banquete y el ermitaño”, considera que si las autoridades modernas prohíben el consumo de drogas no lo hacen realmente por un problema de salud pública sino por un proble-

ma de moral social. El verdadero desafío de las drogas no es a la salud sino a la actividad “normal”, la utilidad, el progreso, el trabajo, en breve, sobre las ideas y las prácticas sobre las que se sostiene la sociedad moderna: “La autoridad manifiesta un celo ideológico: persigue una herejía, no un crimen. Se repite así la actitud de otros siglos ante la lepra y la demencia, que no eran vistos como enfermedades sino como encarnaciones del mal”.²¹ Se puede pensar que casi cincuenta años después, el consumo de drogas, su tráfico y la criminalidad que conlleva, los daños colaterales que trae consigo, sí han convertido el consumo de drogas en un problema de salud pública; sin embargo, aceptando sin conceder del todo que así sea —no al menos en el grado con que muchos pretenden—, tenemos que regresar a lo que ya mencionábamos antes sobre los efectos nocivos, destructivos, delincuenciales, que la sistemática persecución y represión que la sociedad moderna ha hecho de las drogas y su consumo, pero, además, por otra parte, de una forma completamente contradictoria, la total permisividad que la sociedad contemporánea tiene sobre las prácticas individuales y sociales que antaño se vigilaban y sancionaban pública y privadamente; en resumen, la sociedad moderna se desenvuelve en una doble moral: en lo privado y en la letra de la ley, rechaza y penaliza el consumo de drogas, pero, por otro lado, deja manga ancha para que públicamente los medios de comunicación, la publicidad, el mercado, fomenten el consumo de ciertas drogas legalizadas —bebidas alcohólicas, tabaco, medicamentos— tan dañinas y adictivas individual y socialmente a la salud humana como las drogas que sí penaliza:

poblaciones rurales errantes en los suburbios industriales o inmigrantes arrojados a un continente en ebullición, el alcoholismo fue una tentativa por reemplazar los antiguos vínculos sociales, rotos o desaparecidos, por una forma exasperada de la comunicación. Sería arriesgado decir que el alcoholismo es búsqueda de un lenguaje común; no lo es afirmar que es una compensación por la palabra perdida. El uso de drogas, por el contrario, no implica una supervaloración del lenguaje sino del silencio... Así, la afición de los jóvenes por las drogas revela un cambio en la actitud contemporánea ante el lenguaje y la comunicación.²²

La sociedad moderna acepta la socialización propia de las bebidas alcohólicas, pero no tolera la soledad con que se identifica el consumo de otras drogas; tolera la desinhibición sensorial, pero reprime la fantasía que resiste al orden social moderno establecido. Ciertamente, el consumo de sustancias alucinógenas, en términos de su real efecto para poner en jaque a la vida social moderna, no deja de ser un recurso quimérico. Lo cierto es que la sociedad moderna ha conseguido administrar y utilizar para sus propios fines el consumo de drogas –sólo pensemos en los miles de millones de dólares que cada año se integran a la economía mundial a través del lavado de dinero provenientes del tráfico de drogas–. Las sociedades modernas han pervertido el consumo de drogas al perseguirlas y criminalizarlas, al pretender sujetarlas a la clandestinidad de lo prohibido, a la vez que tolera su producción y la economía resultante de su tráfico. Potencialmente, las drogas siguen siendo un desafío a la vida moderna, a pesar de que las propias zonas oscuras de ésta han cubierto de negatividad el consumo de aquéllas, empezando por la producción de drogas “artificiales”, sumamente alejadas en sus efectos destructivos sobre la conciencia humana de las llamadas drogas “naturales”: “No es arriesgado inferir de todo esto que la afición por las sustancias alucinógenas es un síntoma de un cambio de orientación de la sensibilidad moderna... Occidente está a punto de descubrir evidencias semejantes a las que Oriente descubrió hace dos mil quinientos años”.²³

Sin embargo, el consumo moderno de drogas no ha conseguido crear sus propios ritos que vengán a reemplazar los ritos tradicionales para el consumo sociocultural de las drogas; a las sociedades modernas esto no les interesa porque iría contra ellas mismas, prefiere degradar dicho consumo a la inmoralidad, convertir al consumidor en una piltrafa humana dependiente y estúpida, incapaz de valerse por sí misma individual y socialmente. El consumo de drogas subvierte a la modernidad en al menos dos sentidos básicos: social y culturalmente rompe con las categorías que la fundan y sostienen –progreso, razón, vigilia, responsabilidad, utilidad, funcionalidad, comunicación, desarrollo– o, mejor, les otorga a estos elementos y a otros muchos un sentido diferente. Rompe igualmente

con su sentido lineal del tiempo para afirmar una concepción distinta de él: “El tiempo moderno, histórico, es lineal y fatalmente desaloja al rito de la sucesión temporal: el pasado es irreversible y no volverá. Aparece ahora con mayor claridad el sentido último del uso de las drogas en nuestros días: es una crítica del tiempo lineal y una nostalgia (o un presentimiento) de otro tiempo”.²⁴

Respecto a las drogas, como un segundo signo del fin de la modernidad, podemos decir lo que ya dijimos respecto al surrealismo: Paz no advierte en estos acontecimientos socioculturales expresiones *per se* e irreversibles del fin de la modernidad y de la aparición clara y definitiva de una nueva edad histórica. Más bien parece ver en ellos posibilidades que pueden o no llevarnos a modos de vida social y culturalmente diferentes. La situación de nuestro presente se parece mucho a un periodo de transición en el cual la modernidad convive extraña y grotescamente con los signos que expresan su fin, pero que todavía se suceden sujetos a la lógica moderna.

3. La petrificación de la crítica

Para Paz la modernidad se distinguió siempre como afirmación y ejercicio de la crítica, como apertura de lo nuevo y lo diferente; la crítica moderna fue siempre ruptura; la ruptura fue, a su vez, no absoluta discontinuidad sino una continuidad que permitió la constitución de la tradición social y cultural de la modernidad, pero

si la modernidad no hace la crítica de sí misma, si no se postula como ruptura y sólo es una prolongación de “lo moderno”, la tradición se inmoviliza... la idea de modernidad empieza a perder su vitalidad. La pierde porque ya no es una crítica sino una convención aceptada y codificada. En lugar de ser una herejía como en el siglo pasado y en la primera mitad del nuestro, se ha convertido en un artículo de fe que todos comparten.²⁵

La modernidad, específicamente en los movimientos artísticos, nos advierte Paz, sólo son repeticiones e imitaciones descaradas pretendien-

do ser originales, inventivas y novedosas. Pero no únicamente en el arte la repetición y la imitación de lo mismo es la constante; también en la vida política se repite, se simula, se imita sin ningún efecto, sin que se produzca ninguna ruptura real; sólo en el ámbito de la producción de simulacros seductores tiene realidad la política nacional e internacional: “El Partido Revolucionario Institucional –ese monumental hallazgo lógico y lingüístico de la política mexicana– es un rótulo que podría designar a una buena parte del arte contemporáneo”.²⁶

La modernidad ha permanecido unida desde sus orígenes históricos con el pensamiento crítico y con el ejercicio constante y diversificado de la crítica: la crítica de la filosofía y desde la filosofía, la crítica de las nuevas ciencias experimentales a las antiguas tradiciones mágicas y filosóficas de la naturaleza, la crítica de las nuevas formas teóricas y prácticas de la política desde Maquiavelo, la crítica ética y moral de las costumbres y de las relaciones sociales. En fin, la modernidad se fundó sobre la base y el modelo del ejercicio crítico en todos y cada uno de los ámbitos de la vida humana; afirmando la crítica patentizaba lo que para ella le parecía lo más valioso e importante: la libertad, la tolerancia, la responsabilidad, la autonomía, su rechazo a los absolutos. En el momento en que todos estos valores dejaron de serlo, o peor, cuando se convirtieron en prácticas de simulación, la propia modernidad quedó en crisis, sin que pudiese hacer la crítica de sí misma. La crítica, sostiene Paz, se ha convertido en un artículo de fe, ha dejado de ser la herejía llena de vitalidad que daba sentido a los valores que expresaba para quedar reducida a ejercicios indiscriminados que nadie atiende y que no tienen consecuencias. Pero, si la crítica es de la modernidad, ¿qué es lo propio a la “postmodernidad”? ¿Representa el llamado “fin de los ideologías” que desde la caída del bloque socialista de Europa se ha repetido insistentemente? ¿Se trata de la situación, del escenario, en el que el triunfo del capitalismo liberal trae consigo la irrelevancia y el sinsentido de cualquier crítica hacia él, ya que parece que tácitamente no existe otra alternativa de vida social? Si las bases del sistema social, político y económico resultan incuestionables,

lo único que queda sujeto a la crítica son aspectos menores, secundarios, no sustanciales. La crítica pierde su escenario propio, es decir, aquél en que podían haber consecuencias radicales y extremas. Ahora la crítica se desarrolla en un escenario donde no genera efectos reales relevantes, en donde sus ejercicios y sus efectos son meramente retóricos.²⁷

4. Crisis del tiempo lineal

La idea de modernidad para Paz es inseparable de la concepción del tiempo rectilíneo. El presente es siempre nuevo, único, diferente, nunca la mera repetición del pasado, y se encuentra siempre proyectado hacia el futuro. La crisis de la modernidad, por tanto, también es la crisis del privilegio del futuro; los últimos 30 años del siglo pasado sin lugar a dudas han experimentado la crisis de uno de los elementos inseparables del porvenir: el progreso: “Hoy ese tiempo se acaba. Asistimos a un fenómeno doble: crítica del progreso en los países progresistas o desarrollados y, en el campo del arte y la literatura, degeneración de la ‘vanguardia’”.²⁸

La idea del tiempo lineal propia de la modernidad empieza a relativizarse. Pasado, presente y futuro no son valores en sí mismos, como tampoco lo son el espacio local, regional; nos encontramos ante el fin del localismo como del nacionalismo, ante el fin de los centros mundiales absolutos. Ni centro ni tiempo unitarios y absolutos. La preeminencia del futuro fue una de las afirmaciones más persistentes de la modernidad, como si el tiempo por venir fuese ya un punto constituido al alcance de la mano desde el presente o como si éste tuviese el poder suficiente para constituirlo sin lugar a dudas. Sin embargo, lo que ahora tenemos no es ya la seguridad del presente sobre la certeza indudable del futuro, lo que domina es una interminable serie de preguntas, dudas, incertidumbres, riesgos. Los llamados límites del crecimiento fueron una constante preocupación durante la década de los setentas del siglo XX, y no ha desaparecido hasta nuestros días la incertidumbre que acompaña

tal preocupación; el futuro ya no es garantía de algo mejor, ya no es la promesa de lo nuevo; el futuro nos inquieta porque imaginamos que las cosas serán peor de lo que son en el presente.

En gran medida la modernidad, la voluntad histórica y sociocultural por lo nuevo, ha sido el combate tácito contra el presente a favor del futuro. El ansia por lo nuevo ha hecho que el presente se desvanezca, se diluya, se pierda no bien aparece. Ciertamente no es la misma percepción la que han tenido los europeos o los estadounidenses respecto a la modernidad y su posible fin a como se han visto forzados los latinoamericanos a crear su modernidad y su percepción del fin de la modernidad: para los latinoamericanos la modernidad y su terminación —el futuro y el presente— se han identificado con los países europeos y con los Estados Unidos, dado que “lo propio” se ha escapado y desvanecido a pesar de sus múltiples intentos para apresararlo. Para los hispanoamericanos su nacimiento histórico es inseparable de la modernidad; pensar ésta ha sido para ellos pensarse a sí mismos como un conflicto permanente entre lo nuevo y lo pasado, entre lo impuesto y la resistencia a éste, entre una sola forma de modernidad y las diversas formas de ser modernos, porque aún “lo postmoderno” en nuestros países no deja de ser más que otra forma de modernidad: “La modernidad ha sido una pasión universal. Desde 1850 ha sido nuestra diosa y nuestra demonio. En los últimos años se ha pretendido exorcizarla y se habla mucho de la ‘postmodernidad’. ¿Pero qué es la postmodernidad sino una modernidad aún más moderna?”²⁹

Con todo, si la llamada postmodernidad es sólo la expresión más moderna, nueva, reciente, de la modernidad, lo es de un modo *sui generis*, que pone en entredicho las categorías y acontecimientos que durante los últimos dos siglos se han identificado con las formas de la modernidad, entre ellas precisamente el futuro: “está en entredicho la concepción de un proceso abierto hacia el infinito y sinónimo de progreso continuo”.³⁰ Aun cuando dos de los pilares del progreso moderno, la ciencia y la técnica gozan de cabal salud, tampoco han dejado de mostrarse como agentes destructivos. Ni una ni otra han hecho de la historia moderna un proceso

racional –situación evidente tanto en los efectos destructivos sobre la vida humana y natural como en la reaparición de categorías que la racionalidad moderna había pretendido superar: el accidente y la catástrofe, lo imprevisto, la incertidumbre, la crisis como una constante social.

La transición hacia la modernidad durante el Renacimiento creó el pensamiento utópico; la modernidad pretendió realizar el pensamiento utópico en la realidad social, cultural, económica, política, científica, tecnológica; el fin de la modernidad, al menos uno de sus múltiples signos de disolución, es el fin de las utopías, es decir, el “fin de la idea de la historia como un fenómeno cuyo desarrollo se conoce de antemano... la historia es imprevisible porque su agente, el hombre, es la indeterminación en persona”.³¹ Queda desarticulada toda doctrina meta-histórica; los absolutos pierden todo sentido. Ni siquiera la figura del hombre, que llegó a su “mayoría de edad” con la modernidad, que alcanzó por fin el valor de conocer y de pensar por sí mismo, se mantiene más que a duras penas en un escenario crecientemente marcado por el anti-humanismo y el post-humanismo. El escenario de la crisis de la modernidad deja en la orfandad espiritual a los seres humanos, aunque, por otra parte, paralelamente resurgen todo tipo de movimientos –pseudoideologías, sectas, iglesias– que buscan llenar los vacíos y la incertidumbre que caracterizan la vida sociocultural contemporánea.³²

Conclusión

¿Cuál es la importancia y vigencia de las ideas de Paz sobre el fin de la modernidad, sobre los signos de su crisis? ¿Se trata de una analítica, otra más entre muchas otras sobre la llamada postmodernidad –con el “agravante” de que no estamos ante un especialista, un profesional de la academia y de la investigación–? ¿De una analítica que, como la de muchos otros autores, carece de crítica, de autocrítica, y que se regodea en la mera descripción de visiones apocalípticas, distorsionantes, sin ninguna propuesta? No.

En Paz, a diferencia de los autores de la postmodernidad —a los cuales no les interesa primordialmente hacer un examen crítico de la sociedad contemporánea—, encontramos crítica, propuesta, esperanza, lucidez, sobre, primero, el sentido de la crisis de la modernidad y, segundo, de lo que quizá viene después de este periodo crítico e incierto. El autor mexicano condensó su visión de lo que viene después, o de lo que ya está aquí desde hace varias décadas en la cultura occidental —o en la occidentalizada—, con la idea de la poética del presente. El presente político, cultural, ético, ontológico, es la promesa que se deriva de la crisis de la modernidad. Vivir y ser en el presente sin las ataduras del pasado y sin las renunciaciones ante las promesas del futuro.

Fin de la modernidad, de las ideas de futuro, progreso, certidumbre; del conocimiento de absolutos; el anhelo de otra vida individual y social; la circularidad de la crítica y del tiempo. La afirmación del hoy y la recuperación de la mirada crítica. El ahora no es la renuncia al futuro ni al pasado sino el encuentro del pasado, presente y futuro:

el presente es una esfera donde se unen las dos mitades, la acción y la contemplación. Así como hemos tenido filosofías del pasado y del futuro, de la eternidad y de la nada, mañana tendremos una filosofía del presente. La experiencia poética puede ser una de sus bases. ¿Qué sabemos del presente? Nada o casi nada. Pero los poetas saben algo: el presente es el manantial de las presencias.³³

¿Qué es el presente? ¿Cómo ayuda a resolver los grandes problemas sociales, políticos, éticos, morales, económicos, ecológicos, que nos heredó la modernidad fascinada por el futuro y ansiosa por deshacerse del pasado? Dejamos planteado el problema para un próximo escrito...

Notas

¹ Edgar Morin, *Para salir del siglo xx*, Kairós, Barcelona, 1981, p. 242.

² Este tipo de ideas expresadas por Paz coinciden curiosamente con las ideas que algunos de los pensadores nombrados o autonombados estudiosos de la

postmodernidad: Lyotard, Baudrillard, Vattimo, Lipovetski. En el transcurso de este trabajo iremos señalando estas coincidencias –no podemos llamarlas de otra forma debido a que el propio Paz no señala expresamente su conocimiento o su referencia de tales autores.

³ Octavio Paz, *La casa de la presencia, Obras Completas*, Tomo 1, Círculo de lectores/Fondo de Cultura Económica, México, 1995, p. 464.

⁴ El filósofo italiano Gianni Vattimo ha considerado como una de las manifestaciones del fin de la modernidad y de la aparición de la sociedad postmoderna precisamente la crisis de la civilización occidental como el único modelo de desarrollo humano. Mientras que la modernidad buscó imponer una forma única y homogénea de sociedad y cultura, la postmodernidad se identifica con la pluralidad, la diferencia, lo universal no dado, lo local y particular irreductibles. Cfr. *La sociedad transparente*, Paidós, Barcelona, 1994.

⁵ *Idem.*, p. 515.

⁶ *Idem.*, p. 585.

⁷ *Idem.*, p. 590.

⁸ Cfr. Gilles, Deleuze y Félix Guattari, *El anti-Edipo*, Paidós, Barcelona, 1998.

⁹ Cfr. Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*, Grijalbo, México, 2000.

¹⁰ Octavio Paz, “Estrella de tres puntas: el surrealismo”, *Excursiones/IncurSIONES Dominio Extranjero, Obras Completas*, Círculo de Lectores/Fondo de Cultura Económica, México, 1994, Tomo 2, p. 203.

¹¹ *Idem.*, pp. 203-204.

¹² *Idem.*, p. 204.

¹³ *Idem.*, p. 205.

¹⁴ *Idem.*, p. 206.

¹⁵ Las resonancias entre la crítica del sujeto que advierte Paz en el surrealismo y el fin de la modernidad lo acercan lo mismo a autores de la postmodernidad como Baudrillard y “el triunfo del objeto” sobre el sujeto, “mero invento de los filósofos”, que a autores postestructuralistas como Foucault y Deleuze en su crítica del sujeto. Véase *Las estrategias fatales* (Baudrillard), *Arqueología del saber* (Foucault) y *Diferencia y repetición* (Deleuze).

¹⁶ *Idem.*, pp. 213-214.

¹⁷ *Idem.*, p. 214.

¹⁸ Octavio Paz, “André Bretón o la búsqueda del comienzo”, *Op. cit.*, p. 221.

¹⁹ Octavio Paz, “Conocimiento, drogas, inspiración”, *Op. cit.*, p. 242.

²⁰ Octavio Paz, “El banquete y el ermitaño”, *Op. cit.*, p. 260.

²¹ *Idem.*, p. 261.

²² *Idem.*, p. 262.

²³ *Idem.*, p. 264-265.

²⁴ *Idem.*, p. 266.

²⁵ *Idem.*, p. 447.

²⁶ *Ibidem.*

²⁷ En este juego de correspondencias que hemos hecho en estas notas entre Paz y los pensadores de la postmodernidad, es conveniente tener presente en el punto de la crisis de la crítica el tono acrítico de las obras de autores como Baudrillard y Lipovetsky. En libros como *Las estrategias fatales*, *El paroxista indiferente* (Baudrillard), *El imperio de lo efímero*, *La era del vacío*, *El crepúsculo del deber* (Lipovetsky), se manifiesta un tono meramente descriptivo, no valorativo, no crítico, de los fenómenos de la sociedad contemporánea; se acepta sin lamentaciones un escenario que se impone irresistiblemente, sin que exista posibilidad de recurrir a medios modernos para evaluarlo.

²⁸ *Idem.*, p. 449.

²⁹ Octavio Paz, “La búsqueda del presente”, en *Obras Completas*, Fundación y disidencia. Dominio Hispánico. Círculo de lectores/Fondo de cultura económica, México, 1994, p. 36.

³⁰ *Idem.*, p. 38.

³¹ *Idem.*, p. 39.

³² Una nueva resonancia surge entre la idea de Paz sobre la crisis de la utopía y el protagonismo del futuro en la vida moderna en un pensador de la postmodernidad como Vattimo: las artes “han venido produciendo imágenes del mundo ‘perfectamente negativas’ y que, por tanto, conservan todos los caracteres ‘optimizantes’ de la utopía, en el sentido de imaginar una realidad en la cual lo que en la situación actual son sólo posibilidades se realiza llevando al extremo el cumplimiento de todas sus implicaciones; sin embargo, precisamente esto, lejos de dar lugar a un mundo absolutamente feliz, se traduce en la situación opuesta: en la más completa e irremediable infelicidad”. Véase *Ética de la interpretación*, Paidós, Barcelona, 1991, p. 94.

³³ *Idem.*, p. 41.

